

ALGUNA VEZ

por Silvia Schverdfinger y Fernando Castelli

Una vez que un fragmento de nuestra vida se hizo escena en psicodrama, ya no es lo mismo. No es igual nuestro sentir ni nuestro mirar. Lo que entendemos como cotidiano se hace captura, conciencia de estar asfixiado, encerrado en una sola versión de la vida. Un laberinto de una línea recta, el peor de todos, dicen. Lo que nos captura es no percibir la escena, no percatarnos de nuestro protagonismo. Es como el cuento del pez que le pregunta a otro pez - ¿cómo está el agua hoy?- Y el amigo pez responde -¿qué agua?-. Conservas culturales dirá Moreno, agenciamientos precisará Deleuze en un diálogo entre ambos que nos gusta imaginar.

¿En qué escena estoy? sería la pregunta que tenemos que hacernos como conjuro frente a la neurótica fórmula del “siempre me pasa lo mismo”. ¿Y si nos animamos a dar un paso más en este arte del psicodrama?, ¿si nos animamos a transformar lo cotidiano en un juego que se crea a sí mismo y no en un destino predeterminado? La pregunta conjurante marca un nuevo borde, me hace salir de la escena, congelarla y preguntarle al protagonista, que soy yo mismo:

¿En qué escena estas?

Nos encontraremos ahí, expectantes frente a personajes, roles y afectos. Pero lo más importante es que visibilizaremos la máquina, la sentiremos como la sintió Chaplin en Tiempos Modernos, ya no como un engranaje sino como un elemento extraño que la descompone. Veremos su ENTRE. Lo que esa máquina produce.

La sospecha podría ser un tema muy interesante para graficar los que estamos diciendo. Puertas que no sabemos si abrir o dejar cerradas. Unos y otros bajo sospecha.

S: - Te abro para salir.

P: - No. Hay una persona que quiere entrar. Y no sé si dejarla pasar.

S: -Yo bajo a ver. Quédate tranquila adentro. Bajo. Abro, entreabro. Apenas lo suficiente para que ella salga de costado hacia la calle y con el espacio mínimo para que la otra persona no logre pasar.

J: - Déjeme entrar, por favor. Tengo una entrevista de trabajo. Soy buena persona. Qué tema éste en los edificios respecto del miedo por la inseguridad.

S: - ¿Y Ud. a cuál departamento va? Muestra una carta de recomendación con la dirección exacta y su nombre y apellido. Tensa, ruborizada, nerviosa. Se le hace tarde para su entrevista. Yo ansiosa porque quiero salir de esa situación rápidamente, tengo cosas que hacer en mi departamento.

S: - ¿Y por qué entonces no toca el timbre?

J: - Porque no sé cómo hacerlo. No estoy acostumbrada a edificios ni esos aparatos. Me confunde el tablero. Ya su cuerpo estaba casi entrando. Yo decido salir cerrando la puerta de

calle y desde afuera – ella y yo en el umbral, decido explicarle cómo se toca el timbre en el tablero del portero eléctrico. Toco, toca. La vecina molesta por la insistencia le dice pase, pase. Es que no me dejan pasar, yo hace rato que quiero pasar. Viajamos ella y yo juntas en el ascensor. Compartimos dos pisos.

J: - Qué barbaridad la gente aquí de los edificios, cuánto miedo que tienen. Y yo que estoy bien presentable y soy buena.

S: - Y sí. Muchas veces simulan serlo para poder cometer los delitos, ¿vio? Ambas bajamos la mirada.

J: - La verdad señora, es que yo también me puse muy nerviosa en la puerta, porque vi a un tipo pasar dos veces mirándome y me asusté. Yo casi me voy, a ver si todavía por venir aquí a encontrar trabajo me pasa una desgracia.

S: - Señora, mucha suerte en su entrevista, ya llegó a su piso.

J: - Ah, sí, y cómo sé yo qué es aquí. ¿¿Ud. sigue?? ¿¿Dónde estoy entonces???

S: - Ud. está, fíjese el piso, y fíjese en la chapa del departamento, en el lugar que le indican en la carta.

J: - Ay, estoy mareada. Bueno, muchas gracias. Cuántos nervios

Una situación puede quedar en estado siniestro. Una anécdota más de alguien que “quiere romper nuestra tranquilidad”. Lo conocido. Lo de siempre. Y lo de siempre pasa siempre. ¿Será entonces que lo importante es lo que pasa nunca? Nunca pasa nunca incluso cuando pasa *alguna vez*. Más que la antítesis del siempre el nunca parece transformarse en una línea de fuga de lo que pasa siempre. Pero los términos de la fórmula se pueden intercambiar entre ellos y entonces podemos decir todo lo contrario: “Nunca me gana nada” El siempre estará en los territorios del nunca. Nuevamente los que nos salvará es el “*alguna vez*”. Y el “*alguna vez*” es la escena. “*Alguna vez*” es un territorio de intensidades, afectos, devenires, encuentros, ritmos y velocidades que fugan hacia lo que llamamos escenas. Es particularmente colectivo.

Como coordinadores y directores de escena tenemos que estar en este territorio desterritorializado del siempre/nunca.

Volvamos a la escena de la sospecha. S se desterritorializa, cierra la puerta desde afuera, cualquier intento de captura en el “Nunca dejes pasar a un extraño” queda bloqueado y deviene solidaria, docente, guía. Ambas se reconocen padecientes, víctimas ¿de quién? J lo menciona: del miedo. El miedo es un personaje que les hace creer que el otro es el verdugo y que yo soy la víctima. Sin embargo “*alguna vez*” viene al rescate y J y S llegan a destino.

Encadenamiento de inseguridades, cruces y entrecruzamientos de temores, desconfianzas, miedos, incomprendimientos, desconocimientos, discriminaciones, marginalidades, otros como extraños peligrosos, desestimas, diferentes códigos, despersonalizaciones.

La mirada psicodramática transforma una escena cotidiana en singular, colectiva, productora de sentidos y por lo tanto liberadora de cualquier captura microfascista.

